

la cara, cómo el Padre engendra inefablemente al Hijo, y cómo procede el Espíritu Santo de entrambos. Allí veremos, cómo Aquel que no falta de ningún lugar, no por partes, sino todo, está donde quiera; y cómo puede ser que atiende á cada uno como si estuviera desocupado de todos los demás; y cómo atiende á todos, como si no cuidara de cada particular: cómo Aquel que en los Cielos se ensalza, sustenta los fundamentos del abismo, y cómo el que penetra lo más íntimo del mundo, rodea también las superficies. Acabo esta carta pidiendo á Nuestro Señor que mientras llega aquel día en que le veamos, caiga á V. E. la bendición que echa San Anselmo en el fin de otra: "Dios Omnipotente así ame á V. E., y amándola la ampare, que nada se haga por V. E., ó de V. E., que no le sea agradable," 1.

De V. E. menor Capellán,

JUAN EUSEBIO NIEREMBERG,

1 Ansel., lib. I, ep. 50.



LIBRO PRIMERO
DE LA
HERMOSURA DE DIOS
Y SU AMABILIDAD
POR LAS INFINITAS PERFECCIONES DEL SÉR DIVINO

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo Dios es incomprensible, y con todo eso debemos procurar conocerle con humildad.

I

HUMILLADO el corazón, atónita el alma y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, tomo la pluma para tratar del infinito Sér, soberana Hermosura y tremenda Majestad de Dios, argumento tan incomprensible que faltan palabras á la lengua para los sentimientos del alma, y faltan sentimientos al alma para la substancia de la verdad. Aquel inmenso piélago de esencia, aquel profundo abismo de bondad, aquel golfo de infinitud, aquel mar de perfecciones, aquella idea de hermosuras, aquella profundidad de bienes está tan lejos de poder explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar á conocerle; sólo puede nuestro entendimiento admirarle, pero

no comprenderle. Así como los ojos no pueden detenerse en mirar al sol sin cegarse, por lo cual les es su claridad incomprensible, con infinitas más ventajas excede la luz divina á la vista de nuestra alma. En significación de lo cual se apareció el Señor á San Juan teniendo por rostro el sol cuando más ardiente y claro está, porque su incomprensible luz y hermosura vence la vista de todo entendimiento ¹. Por esto dijo Aristóteles que nunca habíamos de estar con más empacho y vergüenza que cuando hablamos de Dios, pues del que es inmenso no podemos decir cosa grande, ni del incomprensible sentirla; todo es pequeño, todo nada para su infinitad ². Un topo, pues carece de ojos y está sepultado en las entrañas de la tierra, ¿qué puede sentir de la claridad del sol? ¿Ni un sordo podrá alabar el canto de las sirenas? ¿Ni un mudo enseñar los acentos? Es tan inexplicable el sér y perfección divina, que al mismo Dios, que sólo se comprende, parece le faltaron palabras para declararse y, aunque no le falte concepto de sí, no halló vocablos con que pudiésemos nosotros hacerle de su grandeza. Cuando quiso declarar á Moisés quién era, no acabó la sentencia, sino, dejando la oración suspensa, dijo solamente: «Yo soy el que soy», sin acabar de decir quién era, pues no hay renombres que lo pudieran significar; porque ¿cómo puede una palabra declarar al que es más que todas las cosas? Por cierto, ni todas las palabras ni las lenguas del mundo explicarán al que es sobre todo el mundo. Y así con mucha razón calla el Señor el decir lo que es, porque es lo bueno de todo y sobre todas las cosas buenas. «Yo soy el que soy», dice sin pasar adelante, dejando en blanco lo demás para que añada el afecto de sus siervos cuanto bueno pensaren; porque Dios es el que es, la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bon-

1 Apoc., 1.

2 Arist. apud Senec., lib. 7 nat. quaest., c. 30.

dad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor. Y aunque es todo lo bueno, no dice nada de lo que es, porque es sobre eso mismo bueno, como advierte San Dionisio, sobre la beldad de toda hermosura, sobre la claridad de la luz, sobre lo amable de la bondad, sobre la cumbre de la altura, sobre lo cuerdo de la sabiduría, sobre la eficacia de todo poder y sobre la dulcedumbre de toda suavidad; por esto es sobre todo concepto, sobre todo sentido y conocimiento. Y así dijo bien San Cipriano ¹: «Uno es el Gobernador del mundo, que todas las cosas cuantas hay manda con su palabra, dispone con razón, perficiona con su virtud, el cual ni se puede ver, porque es más claro que la vista; ni comprender, porque es más puro que el tacto; ni estimarse, porque es mayor que el sentido. Y así, solamente le estimamos dignamente cuando le decimos inestimable».

II

No cabe el concepto divino en la capacidad de naturaleza criada. Bien dijo Platón que «tan dificultoso era hallar al Criador del universo, como después de hallado es imposible hablar dignamente de Él» ². Esto es lo que avergonzó á Aristóteles para que no tratase de la naturaleza divina, y forzó á otros grandes filósofos á confesar su ignorancia; porque, como dice San Crisóstomo: «De la manera que uno que se arroja á navegar un mar innavegable, cuando no puede pasarle todo, es fuerza que se vuelva atrás por el camino que fué, así también los filósofos y oradores antiguos que pretendieron averiguar cuál fuese la naturaleza divina, dándose su ingenio por vencido y faltándoles palabras de la

1 Cyprian., lib. quod idola non sunt dii.

2 In Timæo.

boca, últimamente confesaron que no podían apear cómo fuese, sino sólo que Dios era incomprendible»¹. Simónides temió responder al rey Hieron cuando le preguntó quién era Dios, y así pidió un día de plazo para darle la respuesta, luego añadió otros dos, luego cuatro días, después una semana, pidiendo siempre doblado espacio mientras más pensaba en la grandeza divina; y así respondió á aquel Príncipe, que estaba maravillado de tantas largas: «Por eso, Rey, voy doblando los términos, porque, al paso que más considero al Sér divino, menos, hallo cómo declararle y me parece más obscuro». Esto significó la nube tenebrosa que cubrió al monte Oreb cuando bajó allí el Señor, y la multitud de cortinas que ceñían el Tabernáculo, y el velo que se extendía por delante del *Sancta Sanctorum*. Por lo mismo llamó Orfeo á Dios *Noche y Día*; porque, aunque es tan claro en sí, es obscuro para nuestro concepto, ó, como explican los platónicos, es día para amarse y noche para entenderse. Y así se dice que Dios es luz inaccesible que habita en medio de calígines y tinieblas, porque todo cuanto puede alcanzar de su inmensa naturaleza el caudal humano es ignorancia y obscuridad respecto de aquel infinito Sér, que está tan lejos de explicarse que ni aun puede concebirse. Prudentemente los egipcios tenían por símbolo y nota de Dios á la cigüeña porque carece de lengua, para significar el alto silencio con que se ha de venerar tan grande Sér y la imposibilidad de poder explicarle. El profeta Isaías, cuando más se le descubrió de Dios, confesó que no sabía hablar y que era como niño, así por no poder hacer concepto cabal de su grandeza como por no saber decir lo que había alcanzado de ella, con ser de los más elocuentes y retóricos oradores del mundo. También, después de una sombra de la naturaleza divina que se ma-

1 Chrysosthom., 28, operis. imperfecti.

nifestó á Moisés, confesó este sabio legislador los impedimentos que tenía para hablar, y con ser sólo un borrón de lo que era Dios lo que vió en la zarza, «escondió su rostro porque no se atrevía á mirar al Señor»¹. Lo mismo hizo el profeta Elías, que á la presencia de Dios cubrió con su capa el rostro. Pero ¿qué mucho que los hombres se confundan y estremezcan á los rayos (aunque tan lejos y oscuros) de la Divinidad, si vió el profeta Isaías á los más altos serafines que, confusos y avergonzados, cubrían con las alas sus rostros delante del Señor², dándose por vencidos de no poder comprender ellos en sí ni declarar á otros lo que era inefable, incomprendible é inmenso? No hay conceptos ni palabras que puedan declarar lo que es sobre toda elocuencia y entendimiento y esencia. Bien conoció esto el santo fray Gil, compañero de San Francisco. Visitándole una vez dos frailes de Santo Domingo, dijo uno que había dicho de Dios grandes cosas el evangelista San Juan. Replicó el siervo del Señor: «Antes, por cierto, nada dijo de Dios». Reprendióle el huésped: «Padre, mire lo que dice, porque San Agustín afirma que, si San Juan hablara más alto, ninguno de los mortales lo alcanzara; y así no diga que no escribió cosa de Dios, pues escribió cosas tan altas». Mas el santo fray Gil, perseverando y afirmándose en su primera proposición, les respondió: «Otra vez digo, y lo torno á decir, que San Juan ninguna cosa dice de Dios». Escandalizados con esto los dos frailes, se fueron; mas tornándolos á llamar fray Gil les mostró un monte altísimo y les dijo: «Si hubiese un montón de mijo tan grande como este monte, y en el pie de él estuviese un pajarito que se sustentase de allí, ¿al cabo de cuánto tiempo se echaría de ver algún menoscabo de tan grande cantidad?» Repondiéronle los Padres Dominicos que ni en mil años vieran nada. Repli-

1 Exod., 3, 6. 2 III Reg., 19.

cóles entonces el santo varón: Pues sabed, Padres, que es tan inmenso Dios y tan infinito el monte de su grandeza, que San Juan, como un pequeño pajarito, nada dice respecto de su inmensidad». Con esto, muy edificados los dos Padres predicadores, se echaron á sus pies y le pidieron perdón, confesando que había tenido razón en lo que dijo, porque no se puede decir que declaró algo de la grandeza de un grande gigante quien dijese que era mayor que una hormiga, ni exageraría la grandeza del mundo quien afirmase que era mayor que un granito de mostaza. Pues todo cuanto se puede decir de la grandeza de Dios, menos es respecto de ella que un grano de arena respecto de todo el cielo.

III

¡Oh gran Dios! Confieso tu Sér infinito y, sobre todo, el caudal criado, cuya majestad, aún no conocida, pasma al alma; confieso que no os puedo comprender, pero deseo alabaros. No es atrevimiento tratar de vuestra grandeza, sino gozo de vuestras infinitas perfecciones, que, aunque no caben en nuestro entendimiento, llevan tras sí nuestra voluntad. Tal sois, Señor, que, aun no bien entendido, merecéis sobre todo ser amado. Una sombra de vuestra hermosura basta para empleo de nuestros corazones. No es menester comprenderos para que os amemos; sóbranos perfecciones para que os adoremos y sirvamos. Sobráis, Señor, con sólo ser menos ignorado, para llenar todo nuestro afecto y deseo; y lo que me falta de conocimiento quisiera yo suplir con el amor. Estremézcome de vuestra grandeza que admiro, y deseo deshacerme por vuestra bondad que amo; que aunque sea oculto cuál seáis, es muy claro que sois infinito, pues en vuestra misma incompre-

sibilidad manifestáis vuestra inmensidad. Encubris en vos vuestra grandeza, pero mostráisla en todas las cosas, porque es tan grande, que no la pueden encubrir vuestras obras; todas están llenas de vuestro infinito Sér, y reventan todas las criaturas, descubriéndole á todos perfectísimo, omnipotente y hermosísimo, al cual no pretendo yo comprender, sino adorar y amar.

Con este presupuesto se puede engolfar el alma en esta profundidad de esencia, en este piélagos de perfección y grandeza, y lo que no puede comprender, procure conocer, ó menos ignorar, para admirarle, amarle y servirle. Porque aunque, como dice Philon¹, no podemos saber con certidumbre de qué manera sea la esencia y cantidad de las estrellas, con todo eso lo inquirimos con gusto, y nos holgamos con las razones probables que se ofrecen, por el gran deseo que tenemos de saber; pues á ese modo, aunque no podamos ver aquel Sér verdadero, que es Dios, debemos con todo eso inquirir cómo es, porque esta consideración por sí misma es cosa sumamente para desear. Bien echó de ver también San Cirilo Hierosolimitano² la dificultad que hay en declarar lo que es incomprendible; con todo esto, juzgó se debía procurar su noticia; y á la objeción que se puede poner de su incomprendibilidad, satisface así: «Si alguno dijere: Pues la naturaleza divina es incomprendible, ¿para qué tratas de ella? ¿Por ventura ya que al sol no puedo mirar de hito, no me aprovecharé lo que basta de su luz, y le miraré? Y si entrare en una gran huerta, y no pudiere comer todos los géneros de fruta que en ella hubiere, ¿quieres, por eso, que me salga de allí?» Cuando no se puede todo, es de gran recreación gustar algo. Y aunque los ojos no pueden mirar al sol, alégranse con su claridad y buscan la luz de sus rayos. Con

1 Phil., lib. de Monarchia.

2 Cyril. Hieros., Catechesi, 6.

esta consideración, digo con San Anselmo, cuando empezó á tratar de la perfección divina ¹: «No pretendo, Señor, penetrar vuestra alteza, porque en ninguna manera comparo con ella mi entendimiento; pero deseo algún tanto entender vuestra verdad, la cual cree y ama mi corazón; y no pretendo entenderlo para crear, sino creo para entender».

CAPÍTULO II

Cuán debido es procurar conocer á Dios y formar algún alto concepto de su grandeza y hermosura.

I

Aunque es Dios incomprendible, es tan notable desagradecimiento y tan culpable descuido el que tienen los hombres de procurar conocer á su Criador, que da desto sentidísimas quejas el mismo Señor por su Profeta, porque convocando al cielo y á la tierra para que ponderen este agravio, da voces Isaías, diciendo ²: «Oid, cielos, y tú, tierra, percibe en los oídos, porque el Señor habla, y dice: «Crié hijos y ensalcélos; mas ellos me despreciaron. Un buey conoce á su amo y un jumento al pesebre de su señor; mas Israel no me conoce á mí». Para espantar es el poco cuidado que tienen los hombres de conocer á Dios, con tocarnos tanto, que es nuestro Padre. Justa, por cierto, es la queja que da de que no le conozcamos, pues es quien nos hizo y nosotros criaturas suyas, dependientes de Él esencialmente, más que la claridad del día depende del sol. Si tuvieran sentido los rayos deste excelentísimo planeta, ¿qué otra cosa desearan saber sino la causa que le daba sér? Natural inclinación es conocer su origen, y por

1 Ansel., c. 1. Prosló.

2 Isaf., 1.

esto averiguan los hombres sus mayores, revuelven archivos, averiguan descendencias, disponen genealogías, entéranse de las hazañas de sus progenitores, y blasonan de su nobleza; ¿cómo menospreciamos nosotros esta nobleza de descender de Dios y ser criaturas suyas? ¿cómo no queramos entender la majestad del Sér divino, que nos dió sér, cuán gran Señor es nuestro Padre, cuán poderoso, cuán bueno? ¿Qué agradecimiento y respeto de hijo fuera si, diciéndole que su padre estaba en la calle á quien nunca hubiese visto, y de quien hubiese recibido mucha honra y beneficios, con estar tan cerca no le saliese á ver, ni mirase por la ventana? ¿Qué amor es el nuestro á Dios, qué términos tan malos que, no distando un paso de nosotros, sino estando en nosotros mismos, no le queramos conocer cual sea este gran Señor, ni tratemos de agradecerle lo que le debemos? Por cierto poca honra tiene quien no se precia de saber quién es el que le crió é hizo de nada, cuán poderosa mano le formó, cuán alta sabiduría le trazó, cuán noble Señor le dió principio. Por descubrir un abuelo Rey, aunque de muy lejos, se afanan los hombres, juzgando por mayor su nobleza cuanto de mejores descienden, y trabajan por entender todas las grandezas de sus mayores. No es de muy lejos el parentesco que con Dios tenemos; no intervienen muchos grados; más cercanos toca que nuestros mismos padres. Inmediata y esencialmente dependemos de Él: conozcamos su grandeza, porque honra y nobleza nuestra es tener tal Criador, hermoso sobre toda belleza, bueno sobre toda perfección, dignísimo que le deseemos conocer, como lo deseaba San Anselmo cuando dijo: «Vos sois mi Señor, Vos sois mi Dios, y nunca os he visto. Vos me hicisteis y rehicisteis y disteis todos mis bienes, y aún no os he conocido: fuí hecho para veros, y aún no he hecho para lo que fuí criado. ¡Oh, des-

dichada suerte del hombre cuando pierde aquello para que fué eriado! 1. Esta última consideración nos ha de avivar mucho el deseo de conocer á Dios, pues su conocimiento es el fin de nuestra creación. ¡Oh Padre mío, oh principio de mi sér, y último fin! ¿Cómo no me desvelo por amarte y conocerte, pues nací para ti, y de ti? Honra mía es tener tal origen, gloria mía es tener tal término de mi substancia y esencia: ¿cómo no abro los ojos para ver adónde voy, y de dónde vengo? Voy para gozar de un Dios hermosísimo; vengo de un Dios Omnipotente. Voy y vengo, recibí y recibo sér de un Dios, perfectísimo, inmenso, infinito; ¿por qué no reparo más en esto? ¿Qué cosa hay que me toque más que Dios, pues para Él nací, por Él vivo, con Él obro y de Él fuí eriado? ¿Qué caminante hay que no sepa adónde camina? ¿Qué ciudadano hay que no conozca las calles de donde está? ¿Qué caballero hay que no inquiera la casa de donde sale? ¿Pues cómo todas estas causas de curiosidad cesan en Dios, descuidándonos de saber la grandeza de nuestro fin para el cual nacimos, la inmensidad de aquel Señor en quien estamos, y somos, y vivimos, la bondad y nobleza de quien nos dió sér? ¿Quién hay que quiera ir á ciegas llevándole á ver un hermoso espectáculo? ¿Y qué ciego hay que no quisiera abrir los ojos para ver dónde está? ¿Por qué los cerramos nosotros para no conocer á Dios, para cuya hermosísima vista nos convidan y en cuyos brazos estamos, y cuya omnipotencia nos conserva y dió principio? Alumbrad, Señor, mi alma para que os admire y ame como blanco de todos mis deseos, y para que os desee como á mi fin, reconozca como á mi Padre, y conozca como á mi principio.

1 Anselm., in Proslo, cap. 1.

II

Pero aunque Dios no fuera Padre nuestro, por sólo ser Cabeza y Señor del mundo, habíamos de procurar conocerle. Á los emperadores y reyes de grandes monarquías todos desean ver, las calles se pueblan, páranse todos para verlos pasar, y ellos piensan que hacen favor en dejarse mirar. Diadúmeno, hijo del emperador Macrino, que era muy hermoso, por hacer grande fiesta á sus ejércitos y vasallos salía sólo á que le viesen, con gran regocijo de la gente de mirar á su Príncipe 1. Pues este gran Señor del universo, este gran Monarca del cielo y de la tierra, este gran Cabeza de todo el mundo, hermosísimo sobre todo lo hermoso, ¿por qué no le deseamos ver, conocer y admirar, habiendo tanto que admirar en Él, así por su naturaleza y perfectísimo sér como por sus excelentísimas obras? Por cierto que, aunque no fuera Dios Señor de todo ni nos hubiera eriado de nada, por sólo haber hecho al sol y esos hermosísimos cielos debía ser conocido. Á Apeles, pintor, y á Phidias, escultor, venían á ver por sólo que eran autores de unas pinturas y estatuas bien formadas; sólo la excelencia de sus obras les hacían dignos de ser vistos. ¿Qué obras como las de Dios, que hizo en un momento los cielos y toda la redondez de la tierra, suspensa en medio de este universo? La fábrica de sola una hormiga es tan admirable, que sólo ella bastaba para hacer á su autor digno de eterna honra y fama; ¿qué merecerá Dios por las demás obras divinas? Aunque no fuera tan perfecto y hermoso como es, por sólo ser Autor de obras tan perfectas é ingeniosas debía ser conocido y reverenciado; pero juntán-

1 Apud Capitolium in Macrino et Caracalla.

dose su infinita perfección, ¿cómo no nos desojamos por conocerle y entender cuál es? La fama de Platón y Sócrates trajo á la ciudad de Atenas á muchos curiosos por sólo verlos. Alejandro Magno fué á conocer á Diógenes. Á Roma venían de naciones muy distantes por sólo ver á Tito Livio. Si los hombres grandes merecen ser vistos, ¿por qué un Dios inmenso y omnipotente no debe ser conocido? La curiosidad de una cosa no ordinaria provoca á muchos que la vean. ¿Qué mayor cosa que Dios? ¿Qué mayor Sér que el divino? ¿Qué cosa más rara que ser Uno y Trino, ser de sí mismo, sin tener principio ni fin, ser eterno, ser todopoderoso, ser toda hermosura? Si hay cosa digna de ser conocida, Dios es sobre toda curiosidad, sobre toda admiración, sobre toda grandeza.

La curiosidad sola de saber de alguna ciencia y verdad natural desterró á muchos filósofos de su patria, pasando grandes trabajos y fatigas. Platón peregrinó por Egipto é Italia ¹. Demócrito, por sólo conocer las estrellas, dejando su hacienda y comodidad en su patria, se fué á Caldea para aprender astronomía ²: desde allí pasó á Persia para estudiar geometría, y la distancia que hay de una tierra á otra; después volvió á Atenas para emplearse en el estudio de las verdades naturales; y para emplearse más en su especulación sin el embarazo de los sentidos, se sacó los ojos. Si por conocer las estrellas y la medida de la tierra hizo tanto este filósofo, por conocer al Autor de los cielos y de la tierra, ¿qué debe hacer el cristiano? Por las verdades naturales quiso perder los ojos un gentil; bien podemos nosotros desojarnos por la Verdad eterna; bien podemos desvelarnos en un rato de oración, para que nos amanezca el Sol de justicia. ¿Qué tienen que ver las estrellas del firmamento, que no pueden desterrar la noche, con aquel

1 Valer., lib. 8.

2 Fulgos., lib. 8.

Sol eterno y claridad inmensa del Criador, en quien no caben tinieblas? ¿Por qué se han de hacer tantas diligencias por conocer los astros de la noche, y no haremos algunas porque nos alumbré la Luz eterna? Plinio, por sólo entender la naturaleza del Vesubio, famoso volcán de Italia, se puso á peligro de la vida, y la perdió en la demanda ¹. Pues si una criatura, y tan horrible, mereció tanta curiosidad, el Criador, que por una parte es hermosísimo y por otra tremendo, ¿por qué no nos lleva tras sí, y más siendo su conocimiento segurísimo y saludable? Arquímedes gustaba tanto de hallar una nueva demostración matemática, que ni comía ni bebía por eso, y se olvidaba de todos los demás cuidados de la vida; de modo que la perdió por no perder ni cesar de esta curiosidad ². ¿Por qué no nos mueve la Verdad eterna á que la contemplemos, pues siempre es nueva, y después de una eternidad nos ha de admirar y alegrar como el primer día? Solón era tan curioso de saber, que no había día, aun en sus últimos años, en que no aprendiese alguna cosa, hasta el punto en que murió; de tal suerte, que estando ya agonizando, porque oyó á unos amigos suyos que estaban disputando sobre un punto de filosofía, él entonces, como pudo, se animó y levantó con gran fuerza el medio cuerpo para estar atento. Preguntáronle que para qué hacía aquéllo, y respondió: «Para entender lo que disputáis, y morirme luego con saber de nuevo esta verdad». Si tanto puede la curiosidad en cosas naturales, y así de muy poco momento, ¿cómo cesa el deseo de saber aquel Sér divino, aquella Verdad sobrenatural, que es matriz de todas las demás, y para la cual nacimos, para saberla, admirarla y gozarla?

1 Fulgos., sup.

2 Valer. Max.

III

Allégase á todo esto lo que hay de parte de las virtudes morales y bondad de Dios: porque uno que ha recibido grandes beneficios de otro, desea naturalmente conocer á su benefactor. ¿De quién somos más beneficiados que de Dios? ¿Por qué no queremos conocer á quien tanto bien nos hace? Si á un pobre necesitado de todas las cosas acudiera otro á remediarle de todas, dándole vestido con que abrigarse, comida con que sustentarse, casa en que recogerse, medicinas con que curarse, criados con que servirse, ¿pudiérase creer que fuera tan ingrato aquel pobre tan beneficiado, que no quisiera conocer al que tanto bien le hacía, y viviendo pared en medio, y pasando siempre por su casa, nunca entrase á ver quién era el que había experimentado tan bueno? ¿Qué género de ingratitud fuera éste? Pues, ¿por qué estando Dios, no sólo cerca, sino dentro de nosotros mismos, siendo el que nos dió cuanto somos y nos da cuanto tenemos, y nos ha de dar cuanto Él tiene y es, no le miraremos á la cara, y procuraremos saber quién es Señor tan bueno? Aquel hombre á quien San Nicolás dió secretamente buena cantidad de oro para casar una de sus hijas, cuando se vió tan beneficiado, sin saber de quién, tuvo tan gran curiosidad de conocer su bienhechor, que no paró hasta descubrirle. Miremos quién nos da el sol para que veamos, los elementos para que vivamos, el alma y cuerpo para que seamos, todo el mundo para que estemos. Á quien tantos beneficios nos hace procuremos conocerle y alcemos siquiera los ojos á mirarle. ¿Quién hay que, yéndose á despeñar, si se detuviese en medio del camino, no reparara en quién le detuvo, aunque

fuese un tronco ó peña? Y si fuese algún hombre ¿no dejaría de mirarle y le preguntara siquiera adónde iba ó cómo estuvo allí? ¿De cuántos peligros nos ha librado Dios? ¿De cuántos males nos ha sacado? ¿Por qué no se lo agradecemos, siquiera con advertir cuán bueno es? Nuestra naturaleza y sér y substancia y cuanto somos, cuerpo y alma, pendiente está de Dios: á despeñarnos fuéramos en el abismo de nuestra nada y quedáramos, no digo hechos pedazos, sino aniquilados, si Dios no nos sustentara con el brazo de su omnipotencia. Reconozcamos éste y otros mil beneficios, y conozcamos á su Autor. ¿Quién, yéndose á caer un corredor abajo, si uno le recogiera en medio del aire, no admirara tan grande novedad y pusiera luego los ojos en donde le vino aquel bien? Suspensos nos tiene Dios de su infinito poder para que no caigamos en el abismo del no sér. Miremos la mano que nos sustenta. Es tan debido conocer al bienhechor, que con particularidad imprime la naturaleza vivísimo conocimiento dél á los animales, y se han hallado fieras que por una vez que recibieron de algún hombre un beneficio, advirtieron tanto en su bienhechor, que después de muchos años le conocieron y se le agradecieron.

No seamos nosotros peores que un buey que conoce á su amo; ni que un jumento que conoce el pesebre de su señor; ni que un tigre ó león que advierten en su bienhechor. No un beneficio es el que nos hace Dios; millares son, innumerables son, cada día son, cada momento son. Advirtamos quién es el que tan bien nos quiere, el que tanto bien nos hace. Si porque á los animales dé el hombre de comer para servirse de ellos y hacerlos trabajar en su provecho, con todo eso le reconocen ellos, ¿por qué haciéndonos Dios tantos bienes sin utilidad suya, y sólo por provecho nuestro, no lo hemos de conocer? No digo por

habernos hecho beneficios, sino sólo por tenernos buena voluntad alguno, provoca la curiosidad y deseo conocer á quien nos quiere bien. Porque si uno entendiese que una persona ausente le amaba y estimaba mucho, y hacía grandes finezas por él, le causaría deseo de conocer á quien tan fino le era. ¡Oh cuán tiernamente nos ama Dios! ¡Cuánta lealtad nos tiene! ¡Con qué amor solicita nuestro bien! ¿Por qué no desearemos conocer á quien tan buena voluntad nos tiene y tan buenas obras nos ha hecho, y Él tiene tanto que conocer, porque es admirable sobre toda maravilla, y hermoso sobre toda hermosura? Á las maravillas del mundo concurrían á ver de reinos muy distantes, con no ser algunas más que unos ladrillos puestos sobre otros. En Dios se encierra toda maravilla; Él es teatro de toda admiración, amplísimo espectáculo de toda esencia, montón de perfecciones y bienes: gustemos de conocer tan maravilloso y hermoso Sér, y más consistiendo en su conocimiento todo nuestro bien. ¿Qué objeto más noble de nuestro entendimiento? ¿Qué empleo más glorioso de nuestra alma? ¿Qué pasto más gustoso de nuestro pensamiento? ¿Qué fin más honroso de nuestra naturaleza? siendo criados para conocer y amar este Señor, cuyo conocimiento nos es tan importante cuanto es su amor, porque mal se podrá amar lo que no se conoce.

IV

Procuremos, pues, este conocimiento divino, más con la conciencia pura que con ingenio curioso; más con el corazón limpio que con el entendimiento agudo. Á los limpios de corazón llamó Cristo bienaventurados, porque ellos verían á Dios. No se promete esta dicha á los ingeniosos y agudos. Y David primero llamó dichosos á los que estaban

puros y sin mancha, que á los que escudriñaban las cosas divinas¹. Lo cual dice San Ambrosio que hizo con gran orden y razón: porque «antes se ha de buscar la buena vida que la doctrina: porque con la malicia se ciegan los ojos del entendimiento»². Todos los filósofos dicen que entre el objeto y la potencia ha de haber alguna conveniencia; ni podrán los ojos ver la luz sin participación de la misma luz; ni al que es infinitamente bueno, y todo Bien, podrá conocerle bien el que es malo. «Al sol (dice el mismo Santo) no le podrán ver sino los ojos sanos y valientes, ni al sumo Bien puede ver sino una alma buena. Hágase, pues, bueno el que quiere ver al Señor, y al que es lo bueno. Hagámonos semejantes á este Bien, y conforme á esto obremos buenas obras»³. Limpiemos nuestro corazón del amor de las criaturas, venzamos nuestras pasiones, mortifiquemos nuestros sentidos, despreciemos las cosas del mundo y todos sus faustos, hollémoslos con los pies; con esta disposición quedará el alma desembarazada para contemplar á su Criador. No sin mucha razón á Jacob, que quiere decir el que pisa, y acocea, y lucha, se le mudó el nombre en *Israel*, que quiere decir «el que ve á Dios»; porque después de luchar con nuestros apetitos y afectos, después de bien mortificados, conoceremos á Dios; porque, como dice Filon, «un excelente premio se propone al ánimo virtuoso, y es que tendrá ojos para un claro conocimiento de aquello que sólo es digno de ser contemplado»⁴.

Esta diferencia hay en el conocimiento de Dios y el de las criaturas, que más es necesaria para conocer á Dios buena voluntad que buen entendimiento; pero para las demás cosas naturales, la agudeza de ingenio sirve más que la rectitud del afecto; porque estas cosas naturales

1 Psalm. 118. 2 Ambr., ser. 1, in hæc verba. 3 Ambrosio, ib. de Isaac, et anicæ. 4 Phil., lib. de numinum mutatione.

son objetos proporcionados al entendimiento; pero como Dios exceda todo entender criado, no hace para conocerle tener buen entendimiento, sino tener buena voluntad para servirle, y con servirle merece el alma ser ilustrada y elevada para entenderle. Fuera de la pureza de vida, hemos de dar lugar á la luz del cielo con el recogimiento y oración, retirándonos algunos ratos, como aconseja David, á nuestros retretes y retiros, á considerar algo de las cosas divinas, ayudándonos de la lección de Santos Libros. No se ha de tener por pesada esta diligencia; que si la reina Sabá, por sólo conocer á Salomón dejó su reino, y peregrinó muchas leguas á tierras extrañas, ¿qué mucho será que por conocer á Dios nos paremos siquiera una hora? Pero el mal es que la ingratitud común de los hombres no es sólo no tratar de conocer cómo sea Dios, sino olvidarse que haya Dios, sin tener cuenta con su ley, que es lo que pareció á San Anselmo caso estupendo, y así dice: «Cuando considero lo que es Dios, cuán dulce su naturaleza, cuán amable, cuán buena, cuán inefable, cuán admirable y cuán digna de venerarse y adorarse, y por otra parte veo qué es el hombre, á quien Dios hizo á su imagen y semejanza, al cual crió así, para que, como siempre representase la imagen de su Criador, tuviera también en la memoria su voluntad y amor por haberle criado tal, me maravillo mucho y quedo atónito de la inestimable bondad de Dios, que como sea omnipotentísimo y justísimo, consiente que viva el hombre una hora, al cual quiso criar tan honrosamente, para que así como el hombre es el más noble de todas las criaturas corporales, así viviese más noble y gloriosamente que todas, conforme á la voluntad de su Criador, el miserable y desdichado ha hecho todo lo contrario: que ajustándose las demás criaturas con la voluntad de su Criador, él siempre, ó casi siempre, resiste á su vo-

luntad. Pero de la inmensa miseria del hombre me maravillo cómo tiene tan perdido el juicio, que, como un bruto que carece de razón, se olvide siempre de su Criador; y no olvidándose jamás el hombre de sí mismo, porque, si no es un loco, no hay alguno olvidadizo de sí mismo que no conozca que es, que vive y que entiende, maravilla es, y cosa para pasmar, que entendiendo el hombre que tiene estas cosas, no se acuerde de Aquel que tuvo por bien dárselas todas» ¹.

CAPÍTULO III

Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.

I

Para amar á Dios debemos conocerle, corriendo la cortina y descubriendo, cuanto alcanza nuestro caudal, el rostro de sus divinas perfecciones; por las cuales veremos cómo es dignísimo de ser amado sobre todo lo amable. Y porque lo que suele causar amor con grande suavidad es la hermosura, no hay cosa que con más gusto debamos amar que á nuestro Criador, pues no hay cosa más hermosa. Verdad es que todos los atributos divinos son tan perfectos y amables, que por uno solo debe amarse sobre todas las cosas; pero este título de hermoso concilia más las voluntades y encierra los demás. Por eso Sócrates, para persuadir á los hombres el amor de Dios, no lo hace con otro nombre sino llamándole *lo hermoso* ², poniendo tales calidades de la hermosura, que sólo competen á Dios, el cual es hermoso sobre todas las lindezas y maravillas del mundo. Para que entendamos esto se ha de

¹ In meditationibus dulcedinis divinæ, pág. 158. ² Plato in Symp.